

EL
ENEMIGO



EFRÉN
REBOLLEDO



NOVELAS en TRANSITO

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA

EL ENEMIGO

EFRÉN REBOLLEDO

Eliff Lara Astorga
Presentación

Karla Ximena Salinas Gallegos
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Efrén Rebolledo, *El enemigo*

Segunda edición digital: 22 de octubre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Modernidades en <i>El enemigo</i> , de Efrén Rebolledo	
<i>Eliff Lara Astorga</i>	7
<i>El enemigo</i>	
I. Lentamente se deslizaba el río	23
II. Quiso tener un amigo	27
III. Y en el desierto ardoroso y desolado de su vida	29
IV. Componíase la familia Medrano	33
V. Atraíalo Clara con fuerza irresistible	37
VI. La sutil suspicacia de Gabriel	41
VII. Aquella tarde fue Gabriel a hora inacostumbrada	47
VIII. Algunas veces acontecía	53
IX. Entonces se portaba como nunca	57
X. Los domingos en misa de doce	59
XI. Todas las tardes, al oscurecer	67
XII. Guiada por la sugestión de Gabriel	73
XIII. Recogía los frutos de su esfuerzo	77
XIV. Arrojado ya en su lecho	83
XV. Dirigióse aquella mañana a la casa de sus amigas	89

Noticia del texto	93
Efrén Rebolledo. Trazo biográfico	95
Notas	97

PRESENTACIÓN

Modernidades en *El enemigo*, de Efrén Rebolledo

Eliff Lara Astorga

El 16 de noviembre de 1901 en la calle de La Paz (actual Ezequiel Montes, cerca del monumento a la Revolución), la policía irrumpió en un domicilio particular para terminar con violencia el después célebre Baile de los 41. Sin fundamento en el Código Penal de la época, el conjunto de “hombres vestidos de masculinos” y de travestis fue conducido a la cárcel de Belén. Aquellos que no pudieron pagar su libertad al día siguiente fueron transportados —prácticamente desaparecidos— a la península de Yucatán al servicio de la milicia. Esta salida traumática del clóset, como escribió Monsiváis en varios ensayos sobre el tema, no sólo es la punta del iceberg de la homofobia mexicana del momento e incluso de hoy, sino también buen índice del miedo a las diversidades también del momento y de hoy. El Porfiriato abrió las puertas a la arquitectura carcelaria sustentada en el panóptico (torre central con

vista perpetua a las celdas); a la institución siquiátrica que, en vez de curar, aislaba y analizaba; a la regulación sanitaria de la prostitución, no para defender los derechos de las trabajadoras sexuales sino para combatir el fantasma de la sífilis. El filósofo francés Michael Foucault descubrió en la Francia del siglo XIX un grupo de estrategias para apuntalar los poderes políticos del país galo: el biopoder.¹ Los gobernantes en turno (o Porfirio Díaz en el caso mexicano) se asignaron a sí mismos el papel de protectores de la sociedad ante los peligros de la diversidad moral. A manera de médicos sociales, aplicaban vacunas prácticas contra los criminales, los enfermos mentales, las enfermedades venéreas supuestamente hereditarias. Se trataba de conjurar el peligro de la degeneración comunitaria, primero física, luego moral o al revés. Ésa era la función del Palacio de Lecumberri, del hospital de La Castañeda, de los programas de control fisiológico de las prostitutas, sintetizado en las labores del hospital de San Juan de Dios.

Tanto en la Francia del XIX como en el México porfiriano las autoridades perseguían posibles desviaciones respecto a las leyes, a los ideales de salud mental, a las normas conservadoras de conducta sexual. Estas transgresiones, claro, muchas veces coincidían en un mismo hecho como el Baile de los 41. Defender la sociedad era defender entonces los privilegios de las éli-

tes. Según Leopoldo Zea, no otro fue el objetivo del positivismo en México en los hechos.² La inmovilidad social era sinónima de la inmovilidad moral. Este contexto represivo coincide con las crisis sexuales en las conciencias de algunos grupos sociales en Occidente. A lo largo del XIX la creciente autonomía monetaria de las mujeres provocó cuestionamientos en Europa y América a los roles tradicionales de género. Eso se tradujo en las artes mediante estereotipos como la mujer fatal, la mujer frágil, el hombre melancólico, y mediante la descripción estética de conductas rebeldes a la moral dominante. En el orbe hispánico esa voluntad desafiante fue abanderada por el Modernismo. Insisto, desafío a la vocación disciplinaria de los gobiernos y manifestación poética de una sexualidad desviada de su objetivo procreador básico.

En el caso del periodo porfiriano, vale la pena un último matiz. En 1895 sólo 14 por ciento de los mexicanos sabía leer y escribir. En contraste, ya a mediados del siglo XIX en Francia circulaban más de cien publicaciones periódicas deseosas de colmar la creciente demanda lectora. Así, las manifestaciones simbólicas, artísticas, de los conflictos arriba resumidos parecían inocuas al régimen, siempre y cuando el desafío no saltara a la arena política. De hecho, es de sobra conocido el mecenazgo estatal a los creadores de la época vía

becas de estudio, puestos burocráticos o diplomáticos, o mediante la colusión de magnates editoriales como Rafael Reyes Spíndola con Díaz. Sólo cuando esas aventuras estéticas amenazaban con concretarse, actuaba la ley del garrote para encarcelar homosexuales, para aislar a criminales y enfermos mentales sin esperanzas de redención, para acotar no a las prostitutas (carne de cañón de la doble moral porfiriana) sino a la sífilis.

Salvo el caso de “Misa negra”, el poema de Tablada censurado gracias al escándalo provocado en y por Carmen Romero Rubio de Díaz, la mayoría de los textos o piezas plásticas de claro contenido sexual pasaron sin problemas el ojo censor del régimen. Esto vuelve a confirmar los verdaderos motivos tras las estrategias disciplinarias del gobierno de Díaz: evitar aquellas disidencias prácticas capaces de poner en riesgo el *status quo* político y económico, prevenir el oleaje violento de las masas sobre las minorías rectoras. Así las cosas, en 1900 apareció la novela corta *El enemigo*, de Efrén Rebolledo, como edición especial de la *Revista Moderna*, el órgano periódico más importante de México para la difusión del Modernismo. Nacido en 1877 en Actopan, Hidalgo, Rebolledo conjugó como sus compañeros de generación el ejercicio de la narrativa y de la poesía. La cualidad más destacada por sus lectores es la celebración de una sexualidad explícita caren-

te de culpa. Xavier Villaurrutia, en un juicio bastante citado, rescató de entre lo que él consideraba escoria modernista poemarios como *Caro Victrix* (1916), donde la celebración del “triunfo de la carne” carece de las tortuosidades y ambigüedades manifestadas por otros escritores del fin de siglo. Justamente *El enemigo* es una reflexión sobre las consecuencias de la represión sexual.

La narración de Rebolledo (quien muere en Madrid en 1929 tras una amplia carrera diplomática) se sirve de los recursos de la novela corta para alcanzar sus propósitos. Ambiente, anécdota y personajes son elaborados con las digresiones suficientes para profundizar en la psicología de su protagonista pero sin desviarse mediante historias paralelas del argumento eje: un muchacho melancólico intenta seducir con las armas de la mística católica a la joven Clara. El texto impone un ritmo de lectura más pausado que el de un cuento; incluso Libertad Estrada, en su propia edición de aquél, ya ha apuntado que el final del texto es bastante predecible. Eso resulta lo de menos, pues *El enemigo* no busca el golpe de efecto típico del cuento como lo definió Edgar A. Poe o Julio Cortázar. Aquí no se trata de acción más acción sostenidas en los elementos apenas necesarios para conseguir el efecto prescrito por estos autores. El escritor mexicano Luis Arturo Ramos, en sus definiciones de novela corta, descubre en ella un avance

“horizontal” constante (la anécdota con pocas desviaciones que por lo general enfatizan esta historia eje) bien acordado con un crecimiento “vertical” (la descripción detallada de los personajes). Justo eso logra Rebolledo, sumando la ampliación simbólica del medio ambiente en que se desenvuelve la obra.

El texto inicia con la descripción de un escenario estéril sólo cruzado por un río de aguas oscuras:

Lentamente se deslizaba el río, con perezas y movimientos de serpiente; con la superficie reposada, negra, sin una arruga, sin producir un solo ruido. El calor abrasante, el cielo sin una nube; ni una montaña en el horizonte, ni un árbol cerca ni lejos de fresca copa; y por todos lados una llanura ardorosa, inconmensurable [...] País más horrible que el de la Locura; más cruel que el del Sufriamiento; por donde pasa todo el mundo; adonde van los neuróticos; donde sucumbe el débil. Porque cuando tu víctima es pusilánime, Monstruo desolador, la cansas en la lucha, la fatigas, la disgustas con tu aspecto de bestia repugnante y, como un tallo que se dobla, se hunde irremediablemente en tus aguas negras.

La manera en que el hombre se acerca a la naturaleza, por lo menos en Occidente, ha tenido un papel relevante a la hora de definir qué es lo bello hasta el día

de hoy. La Edad Media, el Renacimiento y el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo implicaron en sus propuestas estéticas puntos de vista sobre el medio ambiente (eso pasa hasta el día de hoy). Así, el artista de fines del *xix* en Europa y América podía entrar voluntariamente a los debates que arrancaron con nueva fuerza en la obra del Marqués de Sade. El filósofo francés delineó en sus novelas dos tipos de naturaleza: una que fomenta el placer en el individuo siempre y cuando siga los dictados del crimen y la destrucción de sus semejantes: si la naturaleza nos ha destinado a morir, ¿por qué no ayudarla y asesinar a otros? Si nos ha dado deseos sexuales, ¿por qué reprimirlos? Sin embargo, los críticos de Sade han encontrado en sus obras otra naturaleza, indiferente a las conductas del libertino y que le revela a éste su soledad radical. A partir de esta obra los poetas románticos construyeron dos rutas posibles. Por un lado, hubo quienes cantaron en sus versos los mensajes místicos que la naturaleza les transmitía y que invitaban a disolverse en ella a través de una vivencia extática. Por el otro, contamos con el testimonio de aquellos peleados contra natura, quienes la desdeñan como una *enemiga*. Giacomo Leopardi, Charles Baudelaire, Joris-Karl Huysmans pertenecen a esta última estirpe. Para ellos, el goce de lo artificial sería el antídoto contra la barbarie de las fuerzas biológicas del universo.

Baudelaire celebró el maquillaje femenino, Huysmans en su novela *Al revés* (1884) convierte a su protagonista en un solitario más inclinado a las formas de la locomotora que a las de una mujer, más adicto a las flores parecidas a las artificiales que a las comunes y corrientes, más fascinado con los grabados prerrafaelistas que en la posibilidad de tomar un vapor y visitar Londres. El Des Esseintes de *Al revés* ha reencarnado en el protagonista de *El enemigo*. Esta sutileza de carácter distinguiría a Gabriel de un personaje típico del cuento, el cual sólo contaría con los rasgos suficientes para llevar a buen puerto el efecto final buscado.

En la novela corta de Rebolledo, la naturaleza es descrita de modo desolador en tanto se manifiesta como esterilidad. No es la voz narrativa quien se alza contra las fuerzas biológicas, sino Gabriel. Rebolledo todo el tiempo subraya la normalidad de los deseos sexuales de su protagonista, los cuales han querido ser transfigurados en impulsos religiosos por él mismo. Para Gabriel, la naturaleza es fuente de melancolía al no transfigurarse en celebración gozosa de la sexualidad. Desde la Antigüedad clásica, la melancolía o ha sido homenajeadada como fuente de éxtasis religioso o artístico (Aristóteles) o ha sido denostada como enfermedad física (Hipócrates, Burton). El protagonista de *El enemigo* va confirmando gradualmente el mensaje

con que arranca la novela: su alma melancólica en un principio lo conduce a un propósito místico, pero en realidad resulta una condición enfermiza. Ya el filósofo alemán Walter Benjamin descubrió la condición saturnal de la naturaleza.³ El astro ascendente por excelencia de la melancolía justo es Saturno, también asociado con los cultivos en la época clásica; los mensajes de la Creación tras la caída del hombre del Paraíso Terrenal (donde habría plena armonía entre humanos, plantas y animales) no serían esperanzadores sino terminarían subrayando la separación entre nuestra conciencia humana y los demás habitantes del mundo. Justo uno de los poetas citados por Rebolledo en la narración, fray Manuel Martínez de Navarrete, arrancó su producción poética evocando un paraíso natural donde los amores humanos fluían sin conflicto (y dentro de los límites morales de principios del xix). Es muy curioso descubrir en dichos textos a un sacerdote flirteando con jóvenes pastorcitas o con chicas pianistas, pero sin salirse de los límites del decoro. Empero, en sus *Ratos tristes*, Navarrete termina azotado por una tristeza cuyo origen justo está en una vegetación “deprimida”. Naturaleza y melancolía reafirmarían su vínculo esencial en *El enemigo*; mejor dicho, una naturaleza reprimida mediante la esterilidad en el propio cuerpo del protagonista. Por esa vía no se llega a las revelaciones estéticas o religio-

sas reservadas por Aristóteles a los melancólicos, sino a la destrucción del otro y de uno mismo. De nuevo, aquí Rebolledo aparta su obra de la lógica del cuento, donde el ambiente sólo debe aportar lo suficiente para llegar al gran final. Pero las descripciones de la naturaleza en *El enemigo* tampoco se extienden a otros escenarios, lo cual se esperaría en una novela “larga”. Rebolledo profundiza en el simbolismo del desierto y del río plomizo, pero no nos dibuja otros ámbitos naturales.

Manuel José Othón en “Noche rústica de Walpurgis” festeja la entrega del individuo a una naturaleza dionisiaca, enloquecedora, oscura por prohibida; el Gabriel de *El enemigo*, en cambio, se rinde a un medio ambiente melancólico (como también hará Amado Nervo en *Los jardines interiores*, muchos de cuyos versos están inspirados en una “savia enferma”). El camino para la derrota de las primeras intenciones místicas de Gabriel es la perversión. De acuerdo con el Freud de *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), la perversión sería cualquier conducta capaz de desviar la sexualidad humana de su propósito reproductor. Justo ése es el intento de Gabriel al convertir a la joven Clara en una mística. Al modo de Pigmaleón,⁴ la chica poco a poco va siendo moldeada por el protagonista echando mano de lecturas piadosas hasta convertirla en una advocación de la Virgen María o, por lo menos, en un

trasunto moderno de santa Clara de Asís. A propósito de la novela *La Venus de las pieles*, del alemán Leopold von Sacher-Masoch (1870), el filósofo Gilles Deleuze destaca el poder de las figuras literarias femeninas del xix para transfigurar a los personajes masculinos.⁵ Así como la Wanda de Sacher-Masoch transformó al pusilánime Severio a punta de maltratos físicos, la Clara de Rebolledo también sublima los deseos sexuales de Gabriel (mejor dicho, él se los sublima) en pos de una imposible conversión espiritual. Curiosamente, Gabriel y Severino coinciden no sólo en su tristeza radical y en su esterilidad, en su perversión (activa y pasiva a la vez), sino en sus recursos. El arte italiano en *La Venus de las pieles*, la literatura religiosa y la arquitectura barroca en *El enemigo* funcionan como estrategias de seducción y de metamorfosis... Incluso a Lou Reed en los años sesenta no se le escapó el propósito de las golpizas a Severino. En su canción “Venus in furs” ordena “Strike, dear mistress, and cure his heart” (“Golpea, dulce damisela, y cura su corazón”). Aunque Rebolledo, más escéptico que Sacher-Masoch, condena los propósitos espirituales de sus personajes al fracaso.

El ambiente de *El enemigo* también es urbano. Gabriel se pasea durante las tardes por los templos barrocos de la Ciudad de México y al interior del templo expiatorio de San Felipe de Jesús, dedicado en 1897 y levantado

con piedras de iglesias destruidas durante la Guerra de Reforma. Si a estas referencias arquitectónicas les añadimos las menciones a fray Manuel Martínez de Navarrete, a sor Juana Inés de la Cruz, a santa Teresa de Jesús, bien podemos apuntar a la novela de Rebolledo como antecedente de los textos neocolonialistas de los años veinte en adelante. Y es que mientras artistas y escritores modernistas crearon en sus producciones espacios fabulosos para oponerse al pragmatismo de las clases dominantes (“filisteos” les decían), lugares entre medievales y renacentistas inspirados en el arte de los prerrafaelistas ingleses, Rebolledo decide ubicar con precisión la fuente de la nostalgia de su protagonista. La religiosidad colonial es añorada por Gabriel, lo cual no deja de ser simbólico: la capital novohispana se destacó por la abundancia de sus conventos, donde la monja cumplía la misión de ser modelo moral para el resto de la sociedad, modelo precisamente porque su cuerpo se hallaba “protegido” de los peligros del mundo gracias a los muros monásticos. Esta estrategia represora es la utilizada por Gabriel para seducir a Clara... estrategia que él intenta aplicar-se también a sí mismo. Este rodeo por el pasado colonial también colocaría a *El enemigo* del lado de la novela, y de la novela corta en específico, pues la digresión tampoco se escaparía del argumento central: joven intenta seducir a muchacha con recursos religiosos.

La perversión de Gabriel, entonces, bien puede ser explicada mediante las ideas sobre la sexualidad humana del filósofo francés Georges Bataille. En sus ensayos *El erotismo* (1957) y *Las lágrimas de Eros* (1961), este escritor hace confluír los éxtasis místico y sexual debido a su capacidad de quebrar la problemática unidad del hombre y hacerlo disgregarse, por unos momentos, en una realidad superior, la de lo divino o la de otra persona. Más aún, para Bataille estas experiencias remiten a la muerte, la división definitiva entre cuerpo y conciencia. Así, erotismo, religiosidad y destrucción están inmiscuidas íntimamente en la historia de *El enemigo*, prácticamente en ese orden. Fiel a sus versos de celebración del placer corporal, Rebolledo explora los peligros de evitar el coito gozoso, de querer imponer una metamorfosis artificiosa a los deseos naturales y al México de fines del xix. Como el antihéroe de *Al revés* de Huysmans, Gabriel se fuga de sus instintos y de los conflictos contemporáneos con resultados nefastos para el objeto de amor que se dedicó a moldear.

En 1905, un tal Eduardo Castrejón (quizá seudónimo de un diputado) publicó la novela *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. Luego de seguirle el juego a la prensa de 1901, la cual convirtió un acto de represión policial en pretexto para el escarnio y la burla pública hacia los homosexuales, Castrejón decide otorgar-

le la redención social a algún asistente al famoso baile de la calle de La Paz, al menos en la ficción. Uno de los personajes se arrepiente de su “desviación” y logra un matrimonio capaz de regresarlo del destierro yucateco. En contraste, otro personaje femenino se pierde en la prostitución debido a que antepuso sus intereses materiales por encima del amor puro (lo que eso quiera decir). La novela de Castrejón, claro, refuerza la condena a hombres y mujeres que se atrevieran a desafiar el orden sexual-moral-sanitario-político del Porfiriato. A desafiar al biopoder y su positivismo excluyente. Rebollado, por su parte, condena a Gabriel y Clara justo por negarse al placer erótico mediante una evasión que, a pesar de su original perversión, termina estallándoles en las manos. Evasión hacia un tiempo idealizado, vi-reinal, de represión exacerbada. Los afanes de ambos muchachos se convierten, así, en un calco al revés de los afanes del orden y progreso de Díaz, capaces de castigar al “amor que no osa decir su nombre” y al que sí osa pero saliéndose del objetivo procreador del sexo.

EL ENEMIGO

A Luis G. Urbina

A Jesús E. Valenzuela⁶

El espíritu a la verdad está
pronto, pero la carne es flaca.

San Marcos⁷

Lentamente se deslizaba el río, con perezas y movimientos de serpiente; con la superficie reposada, negra, sin una arruga, sin producir un solo ruido. El calor abrasante, el cielo sin una nube; ni una montaña en el horizonte, ni un árbol cerca ni lejos de fresca copa; y por todos lados una llanura ardorosa, inconmensurable. El sol arriba inmóvil, y las Horas muy lentas en su marcha, y volcando poco a poco y con indiferencia las urnas de tedio sacadas del río, en los labios y en la frente, en la cabeza y en los miembros de muchos hombres y mujeres de rostro pálido, sentados en las márgenes, con una sombra de atonía en los ojos y el pensamiento ausente de imágenes y memorias.

País más horrible que el de la Locura; más cruel que el del Sufrimiento; por donde pasa todo el mundo; adonde van los neuróticos; donde sucumbe el débil. Porque cuando tu víctima es pusilánime, Monstruo desolador, la cansas en la lucha, la fatigas, la disgustas con tu aspecto de bestia repugnante y, como un tallo que se dobla, se hunde irreparablemente en tus aguas negras.

Respiras tu aire maléfico, y la frente que alcanza tu hechizo se frunce, la mirada se extingue, el pensamiento se nubla, el vigor dormita, el ser desfallece, hasta que la rebeldía sacude el espíritu y lo despierta del sueño en que lo tenía abismado tu fascinación.

Y Gabriel Montero era una de tus víctimas, impávido Inquisidor. Al pasar por tu orilla mil veces sufrió el maleficio de tus miasmas y se sentó en la arena, con la mirada fija en tu superficie inmóvil.

Pero se sublevaba contra ti y te vencía; llamaba en su auxilio a su aspiración y a su fe, a cuanto había en él de orgullo y de fuerza generosa, y salía de tus infernales dominios donde lo confinaba su fragilidad orgánica, reconfortado, reuniendo fuerzas, acumulando energías y bendiciendo a la vida, que es un talismán precioso, una dádiva del cielo aportadora de felicidad.

Entonces amaba la existencia y la encontraba adorable, bella; mirábala a través de un prisma de optimismo que hacía aparecer todo rosa, y se sentía fuerte, se consideraba con vida y con tiempo para cultivar la dicha, sembrar esfuerzos y después cosechar recompensas, júbilos y satisfacciones, servido y fortificado por su albedrío.

Miraba un fin en su camino y, henchido de un sentimiento de exaltación y exuberancia, a él dirigía sus anhelos, sin fijarse en los escollos que le obstruían

el paso, volviendo su mirada hacia el ideal brumoso, orientando hacia la lejana estrella sus pensamientos y sus ansias, el cuerpo todo en tensión, como un gran arco provisto de una gran flecha, apuntando a un blanco remoto e imperceptible.

Armado de su juventud, y fiado en las energías y la virtud de la sangre, dedicábase a excitar y acrecer sus fuerzas, desdeñando en su pensamiento el triunfo fácil y la nimia satisfacción por gozos duraderos y más elevados.

Exprimiendo sus tendencias y facultades había extraído su mejor jugo, lo bueno solamente, la esencia, y, despreciando y arrojando cuanto había de grosero y miserable, penaba queriendo labrar una copa donde verter el zumo celestial. Espoleaba su espíritu elevándolo de lo mezquino, haciéndolo desplegar las alas bajo cielos inundados de luz y horizontes deslumbradores; olvidado de lo material y tendidos los brazos hacia una visión blanca e impalpable, cuyo beso sería su recompensa y su delectación.

Y hacia allá iba, pero a veces veía el fin tan lejos que flaqueaba; y entonces sentía las desgarraduras de sus pies, la sed, el desencanto, la fatiga de su cuerpo que consumía en la consecución del goce lejano todo el acopio de su noble savia; permanecía abatido, inerte, y se persuadía de que estaba en un error, pues su alma no

era sólo anhelo ni su existencia ideal, sino lo grosero y miserable que era mucho, y lo superior y elevado que era el jugo solamente; reconocía que era una mezcla de todo aquello que formaba la vida completa, con sus instintos, sus esperanzas, su inteligencia, su virtud y sus vicios; que el ser no estaba formado sólo de lo espiritual, y, temiendo volver al fastidio, buscaba la amistad y el amor y todas las satisfacciones inmediatas y fatales de los sentidos, como pequeños remansos por donde debía pasar y refrescarse, antes de llegar al término supremo de su aspiración.

II

Quiso tener un amigo, y fijose en aquellos de modo de pensar semejante al suyo como más aptos para labrar con su auxilio esa forma de amistad que había soñado, que conserva y fortalece el afecto como un ánfora los licores generosos; pero no lográndolo, habíase hecho huraña y dedicado a analizar el carácter de los que lo rodeaban; sintiendo una satisfacción acre, saboreando algo así como un cruel absintio cada vez que encontraba su observación en el fondo del espíritu sujeto a su estudio y, a través del agua más o menos clara de educación y sociedad, el mismo asiento de rencor, el mismo poso de interés y de egoísmo.

No podía vivir la vida de los otros, no tenía sus gustos ni sus preocupaciones y, lleno de amargura en su alma ingénitamente bondadosa, veía su vida estéril, sin un lazo ni un cariño; y en las noches, cuando caminaba pensativo por las calles bajo el frío y la melancólica claridad de los cielos, contemplaba desolado la luna, y quién sabe qué corrientes de afinidad y qué extraño parentesco hallaba entre aquel astro triste y solitario, sin árboles, ni agua, ni vida, y su alma sin afectos y sin amor.

Entregábase entonces al estudio, consagrábase al Arte, buscando en los libros la magia que en su derredor no encontraba; viviendo enclaustrado dentro de sí mismo y enriqueciendo su mundo interior con los tesoros de sus sueños y de sus tristezas.

Mas cansábase pronto; contra su decisión y sus hábitos formados tras muchas decepciones rebelábase el Genio de la Asociación que vela en nuestros pliegues más íntimos, y buscaba el trato, el roce con todos, sediento de una gota de simpatía, con la ilusión de recoger un grano de afecto, hasta que lo alejaba el fastidio, el cansancio de la conversación que llegaba a sus oídos como indistinto murmullo, y volvía a su soledad, porque creía que sólo en el retraimiento y la meditación se descubren y forjan las virtudes ocultas, pues el mérito se forma y se conserva escondido, como el oro en las profundidades de la tierra y de las rocas.

Desconocíase a sí mismo; desconfiaba de su valer; su vida llena de amarguras recónditas no era fortalecida por el estímulo y, no obstante, aunque había perdido la fe en Dios y no la tenía en sus fuerzas, la tenía en el trabajo; y una esperanza hermosa, indestructible, perennemente joven, le mostraba con el brazo extendido, allá lejos, un término adonde debía llegar, impulsado por un espejismo brotado de sí propio.

III

Y en el desierto ardoroso y desolado de su vida, que una tenaz juventud calcinaba con sus rayos hirientes, era martirizado con un tormento más: debajo de las arenas caldeadas por tanto sol, debatíase incansable, eterno, forcejeando como un poseído, el terrible Deseo; haciendo temblar el cuerpo de su presa como a las montañas un terremoto, ardiendo interiormente como un infierno de lava encandecida; retorciéndose como un león enjaulado y con rabia; unas veces adormecido, sofocado otras, pero nunca muerto; haciendo notar su presencia cuando era olvidado, con zarpazos desgarradores, siempre alerta, siempre perturbador.

Tras algunos días de retraimiento, Gabriel salía a pasear un rato por las avenidas y, aunque su ánimo pasara puro y distraído ante las tentaciones, la bestia despertábase y brotaba la mirada codiciosa a sus ojos, que se deslizaban inquietos sobre las espaldas ceñidas, quemaban como una lumbre los cuellos e, iguales a un musgo aterciopelado y mordiente, subían desde los di-

minutos pies, envolviendo los contornos de aquellas estatuas palpitantes.

Sus noches eran un hervidero de pesadillas sensuales: apenas se comenzaba a dormir veía en la sombra a una odalisca pellizcando las cuerdas de un arpa, miraba a mil cupidillos vertiendo perfumes en encendidos pebeteros y al son del arpa, saliendo de todas partes, rondas de impuras mujeres: unas completamente desnudas, otras más inquietantes aún, cubiertas con velos sutiles como telas de araña, y todas perezosas, indolentes, provocativas, torciendo sus cuerpos en inverosímiles escorzos, desatadas las cabelleras, incitantes las bocas, coléricos los granates de los senos; incitando los apetitos, bailando, girando incesantemente, hasta que el despertar las hace huir por entre las sombras cadereando...

Mas aquella lujuria era sólo cerebral: en la prueba sucumbía su pobre cuerpo; como una zarza en el fuego retorciase su débil carne en el espasmo, y después qué fatiga, cuánta laxitud, como si sus nervios se hubieran reventado. A la falta iba acompañado siempre el rencor, el disgusto, la náusea de sí mismo, el arrepentimiento de haber derrumbado en un instante lo edificado ya del palacio de su ensueño; pero aquello era ineludible: estaba hecha su vida de absolutas abstinencias y de caídas feroces, de las que salía agobiado, rendido el cuerpo hasta el agotamiento; mas el cerebro siempre en vela, tra-

bajando clandestinamente, dando vuelta sin descanso a mil absurdas imágenes, en reposo solamente cuando lo absorbía el estudio, asociando la idea lasciva como sombra fatídica a todo pensamiento.

IV

Componíase la familia Medrano de doña Lucía y sus nietas: tres vírgenes dulces y candorosas. De luto desde la muerte de su marido, dábale el color negro a la anciana cierto aire de distinción y majestad. Era tranquila, dada a las prácticas devotas y, como todos los viejos, descuidada de lo presente y encerrada en lo pasado, donde su memoria removía dormidos recuerdos.

Las tres nietas llamábanse Clara, Julia y Genoveva, por orden de edades, y todas eran apuestas y atrayentes por su sencillez.

La mayor, más en contacto con su abuela, a quien acompañaba en sus ejercicios piadosos, y naturalmente grave y reposada, vivía encerrada en un mundo aparte que le habían hecho el recogimiento y la religión.

Julia, de temperamento romántico y enfermizo, a todas horas llevaba en los labios el hilo azul de una canción, y en las noches, sentada al piano, tocaba, acompañando con su acordada voz el sonido de las teclas.

En cuanto a Genoveva, era aún una niña: todavía con el vestido alto; frágil y encantadora como una porcelana; de cabello castaño que caía en turbulentas

hélices sobre sus hombros y risas que sonaban como una música en el silencio de su casa.

Aquella familia era la que visitaba Gabriel.

De natural aislado y retraído, era aquel hogar tranquilo algo como un refugio en el desierto de su vida, estéril y monótona.

Encantábalo el aspecto de la casona vieja y destartalada donde las Medrano vivían; el hechizo fácil y agradable de las tres niñas vestidas modestamente y con tocado sencillísimo partido en la mitad de la cabeza; la candidez de sus costumbres; regocijábalo la humilde sala amueblada con un ajuar de cojines con fundas de dril, adornada con lienzos al óleo embutidos en enormes cuadros de madera preciosa; y la alfombra raída y de colores amortiguados, los colosales roperos de caoba de las recámaras, y los tápalos antiguos y multicolores puestos sobre el pupitre y la mesa de en medio, los cómodos canapés y los costureros de laca, y en el corredor los tiestos cuajados de flores; todo aquel interior grave, pero sereno, todo aquel ambiente lo atraía y convidaba a su espíritu lleno de invencible cansancio.

Allá se dirigía con toda puntualidad los jueves y los domingos, y cada vez era recibido con la misma sonrisa cariñosa por aquellas gentes, sanas de espíritu y de corazón.

Al principio tuvo muchos desencantos, y vio en el tren ordinario de aquella casa una monotonía más estéril y desolada que la de la calle; decepcionose con tanta vulgaridad y desanimose palpando una desconsoladora ignorancia; pero en cambio encontró aprecio; vio brotar a la primera palabra una corriente de simpatía y, a poco escarbar, vetas preciosas de cariño y un terreno fértil, aunque inculto, que sólo esperaba la fecunda simiente y la mano directora.

Doña Lucía lo adoraba: colmábalo de pequeñas atenciones agotando todos los recursos para que no se le hiciera pesado el tiempo que pasaba con ellas, y, en cuanto a las nietas, dominadas desde el primer momento, sentían por él indiscutible afección.

Cuando lo pedía, se levantaba Julia e hiriendo el gastado marfil del piano suspiraba querellosas romanzas; y Genoveva lo idolatraba por los bombones que nunca dejaba de llevar.

Clara, siempre recogida en sí misma, sólo hablaba para responder; permanecía apartada de todos en un ángulo, con los ojos bajos, iluminado su rostro por una sonrisa inefable, absorta en no sé qué sueño interior.

Jamás le dirigía la palabra a Gabriel, pero cuando éste hablaba despertaba del sueño que la absorbía, y escuchaba atenta, con la barba apoyada sobre las manos.

Era reservada en sus emociones y avara de sus alegrías: si estaba contenta no eran ruidosos sus júbilos, continuaba callada y apenas si su mirada y su sonrisa eran señal de su exultación.

En las profundidades de su ser sentía una vaga simpatía por Gabriel, que la hechizaba con sus palabras; lo escuchaba pendiente de sus labios y sólo si había que traer algún libro, o hacer cualquier otro insignificante servicio, alzaba su rostro de las manos que dejaba caer y se levantaba prestamente, manifestándole así su devoción.

V

Atraíalo Clara con fuerza irresistible. Quizá por su retraimiento, acaso por su inocencia que la defendía como un escudo, tal vez también por la dificultad, pasó por el pensamiento de Gabriel la idea de aquel amor, primero por puro exotismo, trocose enseguida en peligroso juego y al fin convirtiose en verdadero amor, con todos sus tormentos y todas sus delicias.

Y ¿a qué se debió la metamorfosis?, ¿por qué aquel sentimiento que no fue al nacer más que una fugitiva idea se trocó a poco en peligroso juego, y al fin se manifestó con todos los tormentos y todas las delicias del verdadero amor?

El comienzo fue un abuso de superioridad: complaciase Gabriel en atormentar a la pudorosa Clara no apartando de ella un momento la vista y sintiendo una oleada de satisfacción cuando la perseguida doncella alzaba los ojos para bajarlos luego, coloreada por el rubor, en tanto que ajaba con los dedos su falda de muselina. Véjala fijamente causándole verdadero martirio, obligándola a levantarse cuando detenía la mirada en su

gracioso pie, alto de tarso y calzado en lustroso zapatito de charol. Sabiendo cuán callada era, le dirigía frecuentemente la palabra, y la respuesta, siempre tardía e insegura, halagaba su amor propio. Con la sangre fría que da la confianza en sí mismo, deleitábase en pulir intencionados piropos que le decía siempre oportunamente y que, como todas las rosas, tenían para ella la espina de la mortificación.

Pero a poco el malabarista perdió su aplomo; sus frases antes firmes titubearon y, quizá por este motivo y porque iba siendo sincero, Clara no le tenía rencor.

Y hasta aquel instante tuvo la ventaja el verdugo. Interesado en aquella lucha, exasperose viendo retroceder el triunfo; irritose de que el juego no pasara de allí y de que Clara, reconcentrada en sí misma, no hubiese cambiado, sino siguiese siendo como antes, ni más alegre ni más adusta, con la misma misteriosa sonrisa que iluminaba la diafanidad de su rostro. Acostumbrado a ser dominador en aquella casa, asombrose de no haber vencido, y entonces fue cuando quedó preso en las propias redes que jugando había tendido.

Mas ¿era sólo la resistencia de Clara la que lo atraía?, ¿la amaba únicamente por los escollos con que había tropezado?

No, la amaba porque era bella.

Hasta entonces la miraba con atención: era pálida, de ojos verdes y atónitos, de cabello rubio, abundante y rizado, que caía de su cabeza como un haz de rayos de sol; de labios sinuosos y delgados, y tan blanca, que su sangre se veía azul a través de su epidermis. El color de su cuello traía a la memoria la médula de las cañas, perfumaba su aliento y, al entreabrirse su boca para hablar, sonaba melodiosa, como si una mano invisible acariciara el teclado de sus dientes, produciendo armonías suaves como la oración y dulces como la miel. Sus manos aguzadas y transparentes eran un maná de consuelo, y en su blancor resplandecían las caricias como un manojo de resplandores...

Y siendo tan inocente y tan casta, ¿había de confesarle su pasión a Clara, que era la misma pureza?, ¿habría de decirle esas mismas palabras, vanas y triviales, que antes había dicho a otras mujeres?

No, la amaría devotamente, con veneración; y si conquistaba a aquella virgen sin mancha, si lograba la absoluta adhesión de su ser, si con su fuerza la habría de dominar, sería después de mil pruebas, insensiblemente, y no con el mismo juego de madrigales y embustes con que se engaña a todas.

Era tan buena, tan pura y tan imponente en su sencillez, que cuando lo veía lo obligaba a bajar los ojos con temor; parecía la Madona que descendía de

su peana, y cuando se acercaba a ella, como Fra Angélico,⁸ iba con los labios temblorosos murmurando una oración.

VI

La sutil suspicacia de Gabriel habíase asomado al ánimo de Clara, y en su fondo visto relucir la fe como un reflejo de amatista. Había descubierto su predisposición mórbida al misticismo y encontrado la manera de insinuarse en su vida sin acudir a los manoseados recursos de los enamorados. Cultivaría en ella esa escondida y profunda inclinación, pacientemente, malignamente, hasta formar de ella su ideal místico; y seguro estaba de que lo conseguiría, porque Clara, la inocencia más acabada, la candidez misma, no pondría ningún escollo, sino al contrario, sumisa y benévola se dejaría guiar confiadamente, abandonando su alma sencilla y sin mácula, tan dócil, que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde.

Pero habría de ser el ajuste amañadamente, sin advertirlo ella; y para esta labor Gabriel acudió a toda su paciencia, derrochó todo su análisis y poco a poco desenrolló ante los ojos de su amada místicos horizontes, misteriosos como vagos jardines, y con su constancia y su amor labró las facetas de aquella

alma en cuya belleza, obra suya, habría de recrearse después.

Un día en la conversación hablóle intencionadamente de santa Clara, su patrona, como de un modelo de pureza y fervor, sugiriéndole la idea de imitarla, supuesto que hasta se le asemejaba un poco físicamente. Para que entrara en el misticismo por el hechizo y por el amor, relatole la vida de la santa: de cómo su nombre le vino de que los labios de un crucifijo predijeron que sería una lumbre que despediría luz más clara que la del sol; de cómo desde niña repetía la oración dominical cierto número de veces que marcaba con piedrecillas para que su fidelidad fuese exacta; de que abandonó a sus padres por seguir a Francisco de Asís, teniendo el valor y la fuerza de abrirse paso con sus propias manos a través de una puertecilla tapiada con piedras; y acercándose más, como quien hace una confidencia, refirióle cómo, un día que comían juntos los dos santos en el convento de San Damián, desbocáronse por las ventanas y bardas del templo lenguas de fuego y remolinos de humo, producidos por las palabras que se decían y el infinito amor que los abrasaba.

En otra ocasión le dijo, después de interesarla con silencios y reticencias, que la había soñado con el hábito y el velo de las monjas, abrazando los pies del Salvador: un crucifijo hermoso e incruento, como el *Cristo*

en mármol, hecho de un solo bloque, de Benvenuto Cellini.⁹

Y cuando la vio dispuesta, cuando creyó a aquella alma perfectamente preparada y removida, comenzó a nutrirla con sobrias y adecuadas lecturas: santa Teresa, que había deseado a Jesús carnalmente; la vida de Francisco de Asís, amado por santa Clara; la de Francisco de Borja, enamorado de la esposa de su rey; la *Pasión* de la hermana Emmerick;¹⁰ tales fueron las lecturas que puso ante los ojos de Clara, ávida de misticismo.

Los éxtasis de santa Teresa producíanle extraños trastornos y, como la histérica, Clara anheló la conquista del Castillo Interior, donde el alma se funde en Dios.¹¹

Buscaba Gabriel para ella todos los libros propicios a su exaltación, las obras en prosa o poéticas de místicos o de autores que sin tener precisamente ese carácter hubiesen llevado el hábito. Así fue como le regaló una vez, empastadas elegantemente y con cariñosa dedicatoria, las poesías del candoroso y sencillo Navarrete,¹² donde ciertamente no había misticismo, pero en cambio una sensibilidad tan delicada en los versos amorosos, no sé qué de vago y melancólico que le hablaría del amor que Gabriel deseaba infundirle, y que él vanamente hubiera querido expresar.

Al abrir el libro para hojearlo, había visto Clara el retrato del poeta y, para hacérselo más simpático, lo

había completado Gabriel con la descripción que del tierno escritor hacen los biógrafos: le había dicho temblándole ligeramente la voz:

—¿No es verdad que era guapo el padre Navarrete? Y eso que no está aquí como fue el original: de alta estatura, de ojos azules y candorosos, de pelo castaño y rizo, y talle naturalmente airoso. Cuando lo haya usted leído, Clara, lo amaré, y hasta querría haberlo tenido de hermano.

Y al despedirse pensaba Gabriel:

La poesía de Navarrete... La ternura y la ingénita sencillez de Clara se acercarían a beber a aquella fuente de agua pura; verían brotar los versos del inagotable surtidor y, al caer, deshojarse en mil pétalos como líquidas margaritas; y en sus noches perfumadas de santa beatitud oiría la inefable música de la rima, y la miraría deslizarse tranquilamente u ocultarse en su alma quejándose, como entre el césped un arroyo cristalino.

Obsequiole también las obras de sor Juana y, antes de que las comenzara, le habló de ella: de su notable discreción y hermosura, de su gran inteligencia y de las tiernas consideraciones de que en la corte fue objeto. A la misma edad que ella y que santa Clara, había tomado el hábito de las carmelitas y profesado a poco en el convento de San Jerónimo. Y allí, vestida humildemente, y prisionera dentro de los muros limpios y blancos

de su celda, lejos del mundo, ocultaba su rostro bellísimo de boca diminuta y afilada nariz, de ojos grandes, negros y rasgados; feliz en la calma de su biblioteca, donde entre cartas geográficas, aparatos científicos e instrumentos de música, sufriendo la nostalgia de las dos montañas que la vieron nacer, el Monte-humeante y la Mujer-blanca, hería con sus manos delicadas la lira suave y religiosa, que sonaba triste y seráficamente, con ayes empapados de la resignación y el misterio de los claustros.

Contábale cómo, debido a una carta de una monja ignorante, el obispo de Puebla le prohibía a la poetisa sus trabajos literarios y, después de una confesión general y de escribir dos protestas de fe con su propia sangre, se encerraba obstinadamente en su celda, mortificando su cuerpo con cilicios y disciplinas; y cortaba para siempre las cuerdas de la vagorosa lira, cuya ausencia no hacía olvidar la fe, ni la ciega obediencia, ni la resignación.¹³

Y la lectura producía sus frutos: porque en efecto, ninguna seducción, ningún estimulante, ningún tóxico, son tan eficaces como ella; ella sólo habla directamente al espíritu y lo seduce mañosamente y a solas; cuando nadie observa y se puede dar libre curso a los sentimientos, y llorar y reír, y reconocerse en lo que se lee, sin que ninguno lo penetre; ella únicamente educa o

transforma la personalidad que su agua riega en las raíces más hondas; espoleando aptitudes ya descubiertas o mostrando facultades desconocidas; escarbando en la oscuridad de la conciencia y explotando el filón de oro; ejerciendo incansable su oficio de consoladora o reveladora o corruptora; sondeando sin tregua los más recónditos pensamientos; despertando los más profundos instintos y dirigiendo las más inexploradas tendencias.

¿Y cuánto más seguros serían en Clara estos efectos; en Clara que era la inocencia más acabada, la candidez misma, y que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde?

VII

Aquella tarde fue Gabriel a hora inacostumbrada a casa de doña Lucía.

Subió y, como oyera al ir a llamar un murmullo de rezos, dio media vuelta para retirarse; pero ya lo habían sentido llegar, y la fámula, una vieja triste y enjuta, salió a decirle que esperara un momento o entrara a rezar en el oratorio.

Allí estaban arrodilladas todas ante una copia de la *Concepción* de Murillo: doña Lucía, pasando las cuentas de ópalo de su rosario, y sus nietas musitando los padrenuestros y las aves, con su voz que hasta en aquel susurro era musical.

Estaban las tres: Julia, Genoveva y, vestida de blanco, con el dorado cabello extendido sobre la espalda, Clara, la adorada de su corazón.

Clavaba Gabriel los ojos en la madona y, suspenso ante su hermosura, sentía resonar en sus oídos, repercutida a través del tiempo, la descripción sublimemente bella del Apocalipsis:

“Y una gran señal apareció en el cielo: una mujer

vestida del sol, y la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”.¹⁴

Veía sus manos cruzadas sobre su pecho, sus ojos agrandados por el éxtasis, su cabeza temblando sobre sus hombros, y visitada por el Espíritu Santo, que hacía oscilar su cuerpo y estremecerse la comba de su seno de marfil; recibiendo el aroma de las avemarías que bendecían el purísimo fruto de su vientre.

Y sugestionado por la devoción de aquellas vírgenes fervientes, tocado un instante por la gracia, arrodillado como ellas, unió su voz al murmullo de sus voces, igual y monótono, pero dulce como la oración del mar.

Clara, brillante con su traje blanco, más pura que la Virgen a quien imploraban, con sus cabellos rubios como gavilla de trigo, con su frente alba como harina inmaculada, oraba ardorosamente y, transfigurada por su fe, resplandecía borrando la presencia de la criada y de su abuela, descollaba entre sus hermanas, y creciendo, creciendo insensiblemente, eclipsaba con su luz y su belleza a la misma Madona vestida con el sol.

Dominado por aquella fascinación, Gabriel se abstraía completamente y, cuando oyó suspirar las primeras frases de la letanía, olvidando su sentido místico se volvió a la amada fervorosa, murmurando en el silencio de su arrobamiento otra letanía suavísima de dulzura y de pasión.

Lucían los áureos cabellos de la extática, brillaban bañando su frente de luz suave, envolvían como un humo los nácares de sus orejas, lamían como una llama la nieve de sus vestiduras; y deslumbrado y atraído por aquella cabellera luminosa la miraba enroscarse y fulgurar, la veía transformarse en una placa deslumbradora, ardiente como el metal fundido; y Gabriel, impulsado por aquella visión rutilante de sus ojos, murmuraba:

Casa de oro

Con el fervor, las mejillas de Clara se teñían de un tinte extraño, se encendían y sobre el mate del rostro resaltaban como dos flores sobrenaturales, en el centro color de rosa, y pálidas en las extremidades de los pétalos; y enloquecido por aquella ilusión seráfica de sus ojos Gabriel suspiraba:

Rosa mística

El cuello de Clara erguía-se recto, redondo, impecable, como el tallo inflexible de un girasol místico vuelto hacia la fe; del color de la nieve; rodeado tres veces por un collar de perlas; semejante al cuello de la Sulamita, comparado a la torre donde están colgados mil escudos: todos escudos de valientes.¹⁵

Torre de marfil

Atraída por los ojos de Gabriel, clavó en él sus ojos seductores, sus ojos verdes, húmedos, en cuyo fondo blanqueaba el candor; y en su quieto cristal estaban reflejadas todas las ternuras; ojos claros, aún no rayados por la malicia, aún no empañados por las lágrimas:

Estrella de la mañana

Sus labios encendidos temblaban; sus manos distinguidas, transparentes, de falanges encanutadas, de uñas sonrosadas y lucientes como diez gemas, juntaban sus palmas cóncavas suplicando; sus senos, semejantes a dos copas, se estremecían desbordándose de unción; todo su ser vibraba, perfumaba como un vaso lleno de ungüentos preciosísimos; y airosa, trémula, ardía como un cáliz de amor:

Vaso de verdadera devoción

Gabriel, con el fervor, seguía quemando aquellas lágrimas fragantes de incienso en las brasas de su éxtasis, desgranando uncioso aquellas brillantes cuentas de la letanía:

*Virgen amable**Vaso espiritual*

Y guiado por ella, guiado por Clara que le tendía su mano misericordiosa, se veía en el paraíso; en un edén de amor alumbrado por lámparas inextinguibles, perfumado con blancas nubes de mirra y reclinada la frente sobre su seno:

Puerta del cielo

VIII

Algunas veces acontecía que, cuando más entregado estaba a su labor de modelar aquella alma y regenerarse a sí propio, se desviaba del camino que se había trazado y hasta tenía en poco lo conseguido.

En una de esas horas de languidez y abandono, y apoderado otra vez el instinto de su cuerpo, sentíase removido por apetitos extraños que en el misterio de la inconciencia habían germinado calladamente, para manifestarse algún día, únicos y arrolladores.

Entonces reconocía que la lucha entre lo material y lo irreal no termina nunca, sino más ruda comienza cuando alguna sensación fuerte o desconocida sacude el organismo, haciendo caer y barriendo fatalmente las delicadezas y exquisiteces espirituales, para no dejar, pasado el torbellino, más que el tronco y las ramas del sentimiento, que agarrado profunda y tenazmente por las raíces es la primera condición de la vida.

Divisaba al hombre en el alba de los tiempos, esclavizado por el instinto que era su único guía; miraba indestructible y perpetuándose en el fondo de la huma-

nidad un limo de barbarie que existirá irreparablemente, brotando cada vez de más hondo, renaciendo con la potencia de la irresistible, enturbiando y manchando al agitarse la límpida superficie, espejo de las más nobles virtudes y los más heroicos deberes.

Gabriel palpaba esta verdad en sí mismo y respecto del más cruel de los instintos: el instinto del sexo.

Aunque en el pensamiento se había consagrado enteramente a Clara, aunque en su ansia de ideal había encarnado en ella su aspiración, como el impulso era vago, intermitente, apenas se alejaba de la amada algunos días, la olvidaba asediado por perturbadoras figuraciones, víctima de su apetito en vela como un ojo abierto, alerta como un oído aguzado, en alarma cuando percibía un talle hermoso de mujer, un lindo pie o un contorno mal velado.

En ocasiones alejábese punzado por un remordimiento; creyendo que hacía mal exaltando así el espíritu de aquella niña; jugando con su corazón absolutamente inerme y confiado.

Mas ¿no era el filtro de desaliento y volubilidad que había bebido en la fuente misma de la raza el que lo abatía y el remordimiento sólo una excusa para disculpar su cansancio?

Sea como fuere, alejábese por algún tiempo y volvía a sus antiguas costumbres; a ver pasar la existencia

inútil; a mirar deslizarse el río negro y perezoso, como en sus periodos de decaimiento; o a entregarse furiosamente al placer para divagar su espíritu, descontentadizo como si hubiera agotado la vida y gastado como si hubiera vivido siglos de siglos.

Pero entristecíalo el placer, irritábalo el roce con la gente y echaba de menos su aislamiento, porque sólo en ese claustro de soledad y excogitación podía trabajar y conocerse a sí mismo; fortalecerse y ascender; y porque nada más allí estaba cerca de Clara, cuyo amor debía ser su estímulo y su redención.

Y volvía: encontrando abiertas siempre las puertas de la casa de sus amigas, y a Clara con una sonrisa que iluminaba como una aurora su rostro demacrado por tanto olvido y tanta ausencia.

Entonces se portaba como nunca. Mostrábase arrepentido y triste, y se pasaba rápidas y agradables horas en casa de doña Lucía, oyéndole relatos de su juventud, o sintiendo vagas tristezas cuando tocaba y cantaba Julia, o charlando largamente con la bulliciosa Genoveva que lo había extrañado mucho en los días que no lo había visto.

Sentíase como en una atmósfera de beatitud, del mismo modo que si renaciera a otra vida; y melancólico, con un surco de tristeza en la frente, pasaba aquella especie de convalecencia espiritual, aspirando el aire de aquella casa donde se le entraba el deseo de ser bueno; objeto de mil solicitudes por todas; adquiriendo fuerzas y curado al fin por los ojos y las palabras de Clara, que resplandecía de amor y de caridad.

Restablecido por completo, volvía a su trabajo con más ahínco; pagábale a Clara sus atenciones haciendo su voz más cariñosa; hablándole de sus ejercicios devotos; preguntándole si había rezado por él; y en aquellos instantes ambos eran felices: Gabriel porque la veía

amorosa y abandonada, y ella porque la presencia de aquel hombre satisfacía, sin que su candor lo advirtiera, su necesidad de amar de virgen núbil y pudorosa.

Por obsequios de Gabriel, su alcoba parecía una capillita: el lecho levantábase en medio, blanco y albeante, y sobre él, en la cabecera, puestos por su misma mano un acetre y un rosario; y en los muros, tapizados de rosa y oro, cuadros de santa Teresa, de la Virgen de Guadalupe, de santa Clara y un san Sebastián, adolescente, hermoso y desnudo, martirizado por las flechas.

Y un día en que asomado a los ojos de Clara veía Gabriel su alma sencilla y transparente, inclinándose como para arrojarse en tanta diafanidad, dejó caer esta idea que la hizo estremecerse hasta su pliegue más recóndito, rayando la superficie de ondulaciones luminosas y círculos cristalinos:

—Clara, usted es un ángel, una virgen más que una mujer; ¿por qué no, conforme con sus inclinaciones que son de devoción y de humildad, se hace usted más grata a Dios vistiendo el hábito de religiosa que sentará tan bien a su carácter y a su tranquila belleza?

Y aquella revelación, hecha en el tono más natural del mundo, hizo temblar a Clara, clavándose hondamente en su pensamiento y en su corazón.

X

Los domingos en misa de doce veía la iglesia de Santa Clara, y en tanto que ella se entregaba a su fervor, arrodillada entre los devotos, fijos los ojos en el devocionario, oía Gabriel distraído los dulces acordes del armónico; mataba el tiempo mira que mira los reflejos que producían los cirios en los estucos; persigue aquí los relucientes meandros de los altares y espía allá el inapreciable oscilar de los candiles, hasta que cansada de mariposear su atención se detenía en la historia de aquel recinto donde Clara iba por devoción y él por verla solamente; y agolpadas en su memoria las reminiscencias de sus lecturas recordaba:

Aquel templo, hoy tan abandonado, había sido en otro tiempo un jardín místico que respiraba arte y recogimiento, y también un claustro dentro de cuyos macizos y pesados muros reventaban en la sombra flores exquisitas de hermosura y de castidad.

Miraba la esbelta nave, los altares estucados de blanco y oro, las dos puertas mirando hacia el norte,

la hermosa arquitectura, obra de un artista apellidado con razón el maestro de los maestros; e imaginábase el convento con los cuadros que adornaban los muros de sus corredores: el célebre López había pintado sus mejores lienzos para engalanarlo, y las telas dentro de sus marcos de doradas molduras, resaltando en la limpieza de las paredes, hablaban a las religiosas que por allí discurrían de belleza y adoración.

Cuánta paz respiraría aquel convento habitado por sencillas y castas vírgenes, cuya hermosura sería la delectación del Esposo. Todas habrían sido graves y muy bellas, pálidas y marchitas como los lirios que se agostan, cumpliendo las reglas con estricta observancia, viendo deslizarse los días recogidas en su celda, o reunidas en la tribuna asistiendo a las ceremonias del culto, o marchando por los corredores en silenciosa procesión, llenas de amor y bondad, dejando despedido de sí su aroma de seráficas violetas.

Un misterio inefable reluciría perpetuamente en el pedazo de cielo azul extendido sobre sus cabezas, y ya en los ardores de sus cánticos, ya en el susurro de sus rezos, ya en la quietud de sus almas orantes, entregaríanse al Amado, ofreciéndole la limpidez y blancura de sus almas odoríferas.

La historia de una de sus religiosas patentizaba el encanto nunca visto de su interior y el hechizo que em-

bragaba el ánimo cuando penetraba en aquel paraíso de apartamento.

Habíalo leído Gabriel en las crónicas y sucedió en la Edad Media mexicana, mandando los virreyes y en época propicia para el milagro.

Tenían don Martín López de Gaona y doña Petronila Nino una hija encantadora, llena de fragancia y candor, de oro mate en los cabellos y en el rostro de satín immaculado. Holocausto gratisísimo había sido consagrada al claustro por sus padres, a la manera de aquellos sencillos patriarcas que ilustran con su rostro hierático y su luenga barba las hojas de la Biblia, y que ofrecían a Yavéh sus ovejas más grasas y de vellocino más blanco. Pero ella era joven y además hermosa; más alegre que una golondrina para resistir el frío y la tristeza conventuales; su cintura demasiado esbelta y cimbreante para ocultarse bajo el sayal y la tosca cuerda; sus oídos bastante acostumbrados a las lisonjas y halagos para habituarse al murmullo de las letanías; y por tanto si no burlaba tampoco cumplía los deseos paternos.

Con todo, era piadosa; porque heredera de padres cristianos no podía renegar de su educación y, aunque bulliciosa y frívola, complacía en visitar los monasterios de monjas.

Un día que estaba en el de las claras con su madre, apártase de las religiosas que charlan en el vestíbulo, y

entrándose por la chapada puerta mírase en un corredor adornado con lienzos en los muros.

En el primer momento, su ánima frívola y superficial espántase, siente un encogimiento como de temor o tristeza, aspira luego el aire largamente y, tranquilizada poco a poco, arróbase insensiblemente con la magia de aquel sitio, y una sonrisa brotada de lo más hondo de su ser florece en los jardines de su alma. Abre los brazos, alza la cabeza encantadora, pasea los ojos por la perspectiva de aquel patio, cuadrado y de amplios corredores, con arcos planos; aspira la paz de las colosales higueras que se elevaban en medio; unas higueras secas y centenarias, con las ramas como miembros torcidos; jorobadas y blanquecinas como si hubiera llovido sobre ellas mucho polvo; y súbito resuena en sus oídos una música celestial, dulce, como si brotara de una flauta líquida.

Es el chorro de la fuente que parlotea en el centro del patio, que canta vagorosamente, como si por brotar en el convento hubiera aprendido a cantar y orar; pues el surtidor debe cantar y orar, puesto que la moza se llena de emoción, y se acerca a la fontana reluciente de azulejos, como a una amiga monja con su hábito azul que la llamara.

Y sigue resonando suave, arrulladora, la flauta líquida, vertiendo sus notas como granos de oro en el alma de la virgen embelesada, que sigue acercándose,

a la vez tranquila y temerosa, como a una amiga monja con su hábito azul que la llamara.

Llegada a la fuente siéntase en el borde y la música se hace más queda, más suave y seductora; suspirando con todas las cadencias de un armónico, con la dulzura de la letanía, con las tristezas de la salve, con el amor del avermaría, como si por brotar en el convento supiera cantar y orar; y ella, Isabel, quiere asomarse a la superficie cristalina con el impulso instintivo y natural del que busca los ojos de quien le habla; y contempla el líquido diáfano, el cristal húmedo como una pupila cariñosa, le entran ansias de contemplarse en él; y el agua, que con la caída del chorro argentino se encarruja, debajo del rostro de Isabel se une formando un óvalo, queda perfectamente bruñida y pulida como una faceta de diamante, y al inclinarse Isabel para verse en la superficie, con el impulso instintivo y natural del que busca los ojos de quien le habla, quédase pálida e inmóvil, como si repentinamente se hubiera convertido en una estatua de mármol helado y divino.

Al inclinarse sobre el espejo, había visto en la linfa su imagen; su rostro con las mismas bellezas y atractivos, pero encuadrado por el prodigio dentro del hábito de las claras.

Días después entraba en el noviciado, y transcurrido un año profesaba bajo el nombre de sor Isabel de San Diego.

Distrajóse Gabriel oyendo el sonido de la campanilla a la hora de la elevación, y durante un instante miró la dorada casulla del sacerdote, lo invadió el fervor que inundaba todos los pechos, pensó en el símbolo de la hostia y el cáliz levantados, continuando luego su interrumpida divagación.

Hoy ya no existe el convento, proseguía, como tampoco una capillita en forma de pequeña rotonda dedicada a la Concepción, según el decir de un bajorrelieve; lo que antes era claustro había sido convertido en casa de vecindad y las monjas expulsadas de sus celdas; la capilla trocada en lugar de comercio; los muros de la iglesia pintorreados al exterior con anuncios de casas mercantiles; nada de lo que fue antes. Pero de igual manera que los sabios y los artistas reconstruyen con infinita paciencia ciudades con sólo vestigios de ruinas y ven una estatua en un trozo de mármol, así los espíritus piadosos o sedientos de arte, leyendo las crónicas de aquel tiempo y con un poco de amor, pueden hallar encanto en lo que resta de belleza o de religión y, cuando pasan por Santa Clara, evocar lo que ya no existe y recordar a la fundadora de la congregación en Porciúncula donde, en el mismo campo que Francisco eligiera para teatro de sus hazañas, fundó su plantel de recatadas doncellas e ilustres vírgenes, encarnadas rosas rodeadas también de espinas, símbolo en esos vergeles de la mortificación propia.

Hoy ya no hay lugares para amparar al que en el alma lleva la enfermedad del misticismo, o si los hay están ocultos y bajo la apariencia de casas particulares. No queda más que el recuerdo de aquella edad que era como un claroscuro de ignorancias divinas y de arte sagrado; bosque de celestiales zarzas que ardía de fervor; que era encendido por la centella del milagro; en cuyo cielo resplandecían como estrellas las maravillas; tiempos dichosos en que todos los labios sabían orar.

En aquel instante Gabriel fue traído a la realidad por el ruido que hacían los devotos levantándose; y desvanecido su sueño se burló de la devoción que lo había llenado un momento, y después de santiguarse maquinalmente se levantó para esperar a Clara en el pórtico del templo.

XI

Todas las tardes, al oscurecer, huroneaba por los barrios de la ciudad; divagando su fastidio algunas veces, otras buscando el aislamiento, y todas nutriendo el germen de su amor.

Influido por su propósito, habíase encaminado en una senda de misticismo que no se quería confesar, y mucho menos a sus amigos; y por eso se aislaba de todos, y al atardecer vagaba sin rumbo fijo, a caza de algún rincón apartado donde poder contemplar a solas su sueño; llenándosele el pecho de alegría cuando encontraba algún jardín escondido, algún frontis de templo antiguo y polvoso, o alguna calleja de aspecto solitario donde poder distraerse un instante y revivir tiempos pasados.

Agradábale imponderablemente Catedral, por su majestad y su magnificencia, por la quietud que respira y, aunque se complacía en verla a todas horas, la veía con más devoción en las tardes y como con cierta clase de espanto; porque con su mole gigantesca en pie desde hace tres siglos, y sus dos torres que fingen dos manos levantadas, le hablaba a su ánimo de fe y de cielo, dos

cosas perdidas para él, que se llenaba de pesadumbre al contemplar aquella basílica, enorme e inanimada, a la que la magia de los atardeceres hacía vivir, infundiéndole sentimientos que él no podía experimentar.

La vista del Sagrario era como un reposo: descansaba de la impresión que producía en su alma el gigante, deleitándose en las delicadezas y platerescos de sus fachadas que bordó Churriguera con prestigiosas molduras; sentíase atraída su atención por el intrincamiento de los capiteles, por la elegancia de las columnas, y la impassibilidad de las estatuas de doctores, patriarcas y virtudes que lo adornan. Admiraba la planta del edificio que figura una cruz griega, su cúpula octógona y todas las bellezas de su dórico estilo interior.

La iglesia de San Felipe, la más moderna de la ciudad, lo encantaba por su esbeltez y atrevimiento, por sus muros donde volcó Bizancio todas las galas de su suntuosa decadencia, por sus santos adustos y hieráticos, sus mosaicos peregrinos y su caleidoscópica policromía esfumada en oro fino que resalta en los fondos rutilantes, en los radiosos nimbos y en sus estrellas que clavean como calamones relucientes el firmamento de las naves; y por su órgano divino, lleno de flautas, clarines, tambores, campanas, pájaros y cascabeles, como si fuera el resumen de todos los sonidos de la música y las voces reunidas de las orquestas.

En la Colegiata de Guadalupe,¹⁶ y detrás del ciprés, sentábase en la opulenta sillería, de tallados tan finos que parecía que la garlopa le había dejado pendientes las virutas; y oyendo los cánticos religiosos veía entrar la luz en reflejos irisados por el multicoloro rosetón de la bóveda y por los vitrales engarzados como tres piedras preciosas en el muro.

Pero ningún interior o fachada de templo lo atraía como la Santísima.¹⁷ Cuando ya se acercaba la noche hacia allá se dirigía melancólicamente, y entrando por la calle del Amor de Dios, marchando por la acera de la izquierda para no ver ningún detalle, llegaba hasta su frente, causándole todos los días la misma sensación de sorpresa y la misma emoción de arte. Cada vez la contemplaba con el mismo recogimiento con que la había visto la primera, y recordaba la impresión que había sentido.

Habíasele figurado aquello una ola blanca y altísima, vestida de espuma y adornada con volutas caprichosas; un primoroso bordado más fino y sutil que los que labraban con infinita paciencia las religiosas en las casullas y las dalmáticas; había encajes delicadísimos de cantera que parecían poder desvanecerse de un soplo; filigranas de piedra como no habían hecho iguales los orfebres; capiteles de columnas donde florecían divinos acantos, y en sus nichos estatuas de obispos y doctores

con su capa pluvial y su mitra puntiaguda, debajo del Padre Eterno, que con la tiara en la cabeza y sentado en la silla pontificia, sostiene al Hijo Amado sobre sus rodillas.

Y sobre toda aquella obra de sueño, una capa tenue y finísima de polvo, amontonado y cernido sobre las molduras a través de muchos años, como un espolvoreo de plata sobre caprichosas estalactitas; como un manto de gris algodón para conservar frescas e incólumes aquellas flores maravillosas de arquitectura; ennegreciendo con su pincel algunas partes, dándoles luz a otras, formando tonos, cubriendo con pudor las líneas defectuosas.

Y en el Sagrario sucedía otro tanto: en las grecas y racimos de la fachada, y lo mismo en Catedral en los albalás de los altares; en todo lo grande y todo lo bello haciéndolos más bellos y más grandes; dándoles a los edificios esa majestad que dan las canas a los viejos; tendiendo como un manto de inmortalidad en las alharcas de los frontispicios, los contornos de las estatuas y los cantos de los misales y el sándalo de los órganos de las iglesias.

Al penetrar en los templos, Gabriel se llenaba de unción, y volviendo el pensamiento al pasado, cerrados los ojos del rostro y abiertos los de la imaginación, los veía cubiertos por todas partes de oro y plata, de riquí-

simos paramentos, de numerosas lámparas, y ardiendo en abundancia la blanca cera.

Y cuando salía, llevaba el alma adolorida; porque a pesar de la impresión que en él producía el silencio de los templos en la calma de los crepúsculos, no creía y no rezaba; y no obstante, su ánimo algunas veces oraba inconscientemente, incapaz de permanecer ajena a tanto arrobó y tanta quietud; y cuando algunas noches pasaba por sus rincones favoritos: por el Sagrario, por San Felipe, por la Santísima, veía alucinado las ventanas de las naves, derramando luz como si en el interior hubiera prendidos muchas lámparas y muchos cirios, y con el pensamiento asistía a unas vísperas misteriosas y fantásticas, celebradas en el silencio nocturno; veía los altares heridos por los reflejos de las luces, resplandeciendo los blandones de oro y las custodias guarnecidas de piedras preciosas reluciendo los ramilletes y los atriles; desplegada la riqueza de los cálices de oro y los copones gemados, balanceándose los incensarios y ardiendo los sahumadores; y como si hubiera vivido en otro tiempo suspiró por la época en que la belleza fue hermana de la religión; en que florecieron los Echeve, los Juárez, los Cabrera, los Tolsá, y en que cada monasterio era una página de la historia de las Artes.

XII

Guiada por la sugestión de Gabriel que desde hacía tiempo la dirigía, y con el pretexto de estar enferma su amiga más amada, Clara manifestó su deseo de llevar el hábito de la Damianita.

Ya la veía el perverso amador en su pensamiento, vestida de religiosa, trocados sus vaporosos trajes por la tosca estameña, metida en su casa, y apagada la llamarada de oro de su cabellera bajo la nieve de la toca. Figurábasela reposada y grave discurrir por la casona, con su manto azul y el níveo escapulario colgante sobre el pecho, antojándosele que se había animado la santa Clara de San Felipe y bajado del muro a la vida más pura y místicamente hermosa.

Para entonces quería hacer un regalo de acuerdo con el carácter de Clara y con el acontecimiento, y pensó: “como los colores de su patrona son el azul y el blanco la festejaré con una invasión de flores: por todas partes los ojillos tristes y desteñidos de los nomeolvides, los pálidos racimos de los plúmbagos, los apiñados heliotropos enamorados del sol, y las viole-

tas y los jacintos y las campánulas; y alternando con este matiz las frentes inmaculadas de las gardenias, las estrellas de plata de las margaritas, los cascabeles de perfume de los jazmines y las copas fragantes de los lirios”; pero no, que tales encantos se desvanecerían luego como los jardines de los fuegos de artificio; y se encariñó con la idea de darle un rosario de brillantes cuentas de concha, encerrado en un huevo de plata, para que voltease diariamente entre sus dedos finos y puntiagudos; al fin resolvióse por un libro de oraciones, que comenzó a buscar sin descanso, hasta que encontró uno, artístico verdaderamente, que llegado el día le mandó en elegante estuche.

Era el antifonario alargado y pequeño, de marfil las pastas y cuajado de preciosos relieves; de cantos dorados y sujeto con un broche de oro; la impresión de letra gótica, y en las hojas adornadas con viñetas y rojas mayúsculas, hermosas estampas de santos.

Cuando lo abrió Clara, leyó en la primera página este soneto de Gabriel:

En tu mullido pecho de polares
blancuras, el fervor quema sus granos,
y tu acento que vibra con cristianos
ritmos suena más dulce que los mares.

Las preces como místicos collares
desatas y, volviendo los arcanos
ojos hacia el altar, pones las manos
en cruz, uno sobre otro los pulgares.

Oreando piadosa los tormentos
sin esperanza, viertes tus unguentos
de azucena en la nave solitaria,

y a la fe que vacila en el camino
del esperado edén, como un divino
índice se lo muestra tu plegaria.

XIII

Recogía los frutos de su esfuerzo.
El ideal místico que soñara estaba formado, y había conseguido su empeño, porque Clara era la inocencia más acabada, la candidez misma, y le había abandonado su alma sencilla y sin mácula, tan dócil que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde.

Recogía los frutos de su esfuerzo.

Cosechaba satisfecho el rubio trigo que había sembrado, y deleitábase en la contemplación de aquella alma que habían labrado su constancia y su amor para después recrearse en ella.

Mucho tiempo había empleado en su labor y mucho trabajo; pero ¿qué son el trabajo y el tiempo cuando la obra sale perfecta y se ha podido transmitir al Paros el pensamiento y el sentimiento del artista?¹⁸

Y él había hecho más que los poetas y los escultores, porque había labrado un alma en cuya belleza, obra suya, había de recrearse después y cuya perfección debía ser su recompensa; aquella alma sumisa y benévo-

la, dócil como una arcilla, él la había amasado durante mucho tiempo; y con su emoción artística y su bondad había modelado una copa hermosísima, *vaso espiritual*, esbelta, de bordes cristalinos, donde había vertido su ideal de amor; y ahora con el cáliz precioso en la mano, e inclinado sobre el milagroso elíxir, bebía, bebía inefablemente, embriagándose con el jugo inmortal, con la esencia mística de sus dos ánimas venturosas.

Porque él también había sido cogido por la fascinación; también él se había deslumbrado con los místicos horizontes, misteriosos como vagos jardines que había desenrollado ante los ojos de su amada, y con el espejismo de la felicidad en los ojos y en el corazón soñaba, viviendo el amor de los bienaventurados.

Clara jamás le dirigía la palabra a Gabriel, pero cuando éste hablaba despertaba del sueño que la absorbía, y escuchaba atenta, con la barba apoyada sobre las manos. Callaba obstinadamente escuchando sus palabras, gozando con el encanto de lo que oía, dando muestras con la sonrisa de cariño y aprobación.

A través de sus ojos, húmedos y verdes, veía Gabriel cuanto había soñado; miraba su fondo puro y transparente, como el de un arroyo; tan claro que veía relucir las arenas plateadas y podría contar una a una las pedrezuelas; tan suaves que las sentía sobre su frente como una caricia de terciopelo.

Cada jueves y domingo llevábale un ramillete de amapolas blancas, tenues y frágiles, como muchas alas de mariposas, olientes con el delicioso perfume de una primavera inefable; y las amapolas radiaban, más blancas que la toca de la clarisa en una jardinera donde ella las refrescaba todos los días, sufriendo con la agonía de aquellas flores, para quienes pedía a Dios la inmortalidad.

Surgía de las profundidades de su ser la simpatía por Gabriel, pero consciente y distinta; lo escuchaba pendiente de sus labios, y sólo si había que traer algún libro, o hacer cualquier otro insignificante servicio, alzaba su rostro de las manos que dejaba caer, y se levantaba prestamente, manifestándole así su devoción.

Amaba Clara sumisa y abandonada, entregada absolutamente a Gabriel, en quien veía un ser superior, como si fuera favorecida por una gracia celestial; y él también la amaba enamorado de tanta inocencia, recibiendo el culto de aquel corazón que ora ardía como brasa ardentísima donde el amor quemaba granos de incienso, ora perfumaba como una *rosa mística*, o alumbraba como cirio inextinguible en el santuario de su recíproca adoración.

Era aquel un amor llegado a los más celestiales deliquios; dominador, purísimo; de dos almas que podrían comunicarse de lejos porque no necesitaban de

la corporal presencia; pues en la sombra, con los ojos entrecerrados para ver interiormente, y sin necesidad de ningún contacto físico, sus espíritus como dos inmortales ángeles vestidos de oro y de luz se daban un beso eterno; las almas solas, fluidas, impalpables; confundándose como dos soplos, mezclándose como dos llamas, cruzando sus perfumadas espirales como dos nubes que se levantan del mismo aromático incensario.

Clara llevaba, como había querido Gabriel, su hábito burdo y sencillísimo, que cubría sus cabellos, su garganta, sus pies, y sólo dejaba visibles su rostro y dos manos maravillosas, blancas, surcadas de delgadas vetas azules, como si las recorriera interiormente un zumo de violetas.

El amor tal como debe ser idealmente: puro, intelectual, los unía con sutiles cadenas de diamante, y el Deseo, la engañosa serpiente del paraíso, no asomaba aún su cabeza por entre las frondas del jardín para tentar la curiosidad de aquella Eva candorosa.

Dormía el Deseo, pero en cambio existían los demás transportes del amor; todo cuanto tiene de puro y espiritual; ambos lo gozaban, lo bebían, saboreábanlo como un celestial licor, delicioso, diáfano, sin que nunca se enturbiasen sus ondas cristalinas, creyendo ambos que aquel amor suyo era un venero divino que tenía su fuente en el corazón mismo de Dios.

Y para Gabriel, más grande era el deleite porque venía acompañado del triunfo; había realizado su ideal supremo: de acallar primero y matar luego sus instintos; y en la noche y en el día y a cualquier hora, su único pensamiento y su único sueño era la clarisa, la *virgen prudentísima* que por el amor se había convertido para él en una representación mental única, exclusiva, dominadora, sin que ninguna otra idea la suplantara o la eliminara de la conciencia; como si se hubiera paralizado el juego de las asociaciones, reinando como soberana, en absoluto señorío y predominación.

Alucinado creía realizar el ideal supremo: no ser esclavo de los instintos; tan claro veía el cristal de sus sentimientos que ya no creía en el limo de barbarie que existe en la sangre de la humanidad y que brota cada vez de más hondo pero no desaparece nunca.

Tenía fe el iluso en el albedrío y en el ideal; creía ciego en lo que pasaba por su conciencia, absolutamente ajeno al trabajo lento y oculto pero constante del instinto, que se manifestaría algún día, único y arrollador.

Pero él no asistía a esa labor oculta y, mientras, se embriagaba con su sueño, viendo en el día y en la noche y a cualquier hora a Clara con sus ojos verdes como dos esmeraldas, y extendidas sus manos de las que brotaba un maná de consuelos y de bendiciones.

XIV

A rropado ya en su lecho, y a la luz de indecisa lámpara, leía Gabriel distraídamente, como quien llama al sueño; y el sueño, solícito y generoso, acudía con cautela; comenzando a adormecer su cuerpo por las extremidades, empañando su vista, quebrando y desbaratando los renglones del libro, torciendo las letras, agitando un velo por cima de la página, hasta que, al mismo tiempo que la luz moría, Gabriel pegaba párpado con párpado y quedaba profundamente dormido.

Comienza entonces una vida fantástica: aseméjase el cerebro a un país encantado; salen de por negros abismos fantasmas de imágenes; marchan en tumultuoso desfile los recuerdos; todas las sensaciones no despertadas a la vida surgen entonces; vagas, incoherentes, desperdigadas, o emergen las ya nacidas con mayor relieve, apareciendo solas; miles de fragmentos de impresiones, de sonidos, de colores, de aromas, como los irregulares prismas de un caleidoscopio; desbocada la imaginación que ora ve un jardín prestigioso, ora un

incendio y, como si se sacudiera el mismo fantasmagórico aparato, el horroroso miedo con todos sus martirios o la alegría agitando los cascabeles de su risa; evocando el furor al par que la tristeza; y movido el juguete de nuevo resucita esta emoción y resucita la otra, hace pasar las memorias, las esperanzas suntuosamente trajeadas, hasta que otro vuelco del tubo muestra ante el terror la fascinadora y peluda pesadilla.

Tocaba el Sueño la cabeza de Gabriel y escuchaba éste una voz celestial como de coro de ángeles; era tocado por otra parte y veía hermosas apariciones iguales a candorosas vírgenes; pero esa voz que sonaba era la voz de Clara; la procesión de vírgenes un desbandarse de imágenes suyas; Clara como pensamiento indestructible hasta en el reposo; y escurrida a otro lado la sangre que serpentea por entre los sutiles alveolos y los más recónditos surcos del cerebro, cambiaba la fantasmagoría; surgía Clara provocativa, avanzando indolentemente, entreabriendo la boca como demandando un beso, levantándose el hábito y mostrando el arranque de una torneada pierna; hacíase la estameña transparente y a través del manto y del escapulario veía revelarse las escondidas formas que simulaban estar cubiertas con un traje de agua; y la clarisa mostrábase descocada y desapudorada, porque reía, desordenada la cabellera como la de una furia; brindándole el placer; lanzando de sus

ojos candentes lumbraradas y asomándose a sus labios los besos, como frutos de tentación.

Cambiaba de sitio la sangre, y la visión continuaba: mezclada con otras reminiscencias pero dominadora; porque el Deseo, resultado en el amor de la tendencia sexual que no se difunde ni se extravía, sino se guarda para un solo objeto, despertaba, manifestábase después de una larga labor latente, exclusivo, formado por el aluvión incesante de pequeñas irritaciones acumuladas; evocando siempre la imagen de Clara, que tan pronto se mostraba vestida de reina como de bailarina; a ratos haciéndose más incitante por sus pudores; vista a través del Deseo, que ya la vestía, ya la desnudaba, pero en todas las veces la presentaba ante los ojos como una golosina.

Al día siguiente Gabriel despertó muy tarde y lleno de fatiga, con la cabeza hecha un caos de imágenes confusas y reminiscencias absurdas; y cuando ayudado por el recuerdo pudo al fin reconstruir trabajosamente y trozo por trozo el sueño de la víspera, se puso triste, por haber cometido inconscientemente una profanación, un crimen del que no se creía culpable, irremediablemente perpetrado; porque el remordimiento, la náusea, todo le daba el relieve de la realidad.

El santuario a cuya puerta se acercaba devotamente a adorar a la Madona vestida de blanco, de pie en

un pedestal inaccesible, altísimo, donde no se atrevía a subir su más respetuoso deseo, había sido violado en la noche y, en su interior callado y misterioso, reunidos los maleantes instintos y los pensamientos malsanos habían celebrado la Misa Negra.

Después el análisis se encarnizó con el fenómeno. ¿Cuál habría sido la causa? El despertar de la carne, el retorno a los periodos de sensualidad, la exteriorización de sensaciones recibidas en la inconciencia y no registradas en la vigilia; la memoria de alguna mujer entrevista en alguna parte y retocada a escondidas por el Deseo; y de muy abajo, del fondo de aquel pozo oscuro e insondable, comenzó paulatinamente a surgir la luz; a la indecisa claridad que se incrustaba entre los resquicios y las grietas de aquel subterráneo negro de sombras, vio que cuando saludaba a Clara retenía su mano transparente, tibia, cuyo temblor él sentía correr por todo el cuerpo; vio que cuando en alguna ocasión se encontraron sus pies sobre la alfombra él sintió el martirio del espasmo; recordó las sonrisas de lujuria y las miradas interminables; y aunque el sueño resultaba lógico, algo se rebelaba en su interior, desde muy adentro de su conciencia, contra el análisis y las justificaciones; revolvióse su ilusión tratando de quitarse de encima la mancha de lodo; y a pesar de eso, todas las noches seguía sucediendo lo mismo, y al despertar

las mismas tristezas, iguales rebeldías; y en presencia de Clara los libertinajes del sueño traídos fatalmente a la memoria; y en los ratos en que no estaba alerta contra el Deseo que se agitaba, juzgando a Clara verdaderamente incitante por su juventud, por su pureza, por su blancura que apenas mostrada en las manos y el rostro dejaba adivinar deslumbrantes llanuras y mórbidos collados; en un suplicio, en una lucha eterna entre la pureza de su ilusión y el cieno de sus tendencias; y cuando los dejaban solos, él, con todos sus recursos, no encontrando qué decirle; ambos turbados, riendo forzosamente, inquietos, mostrando Clara la nitidez cruda de sus dientes, confundidas las miradas en un torzal de hilos luminosos, gozando uno y otro del regalo de su presencia, atolondrados, hasta que la llegada de alguien los hacía no oír el ritmar intranquilo de las Horas en sus puños, ni las respiraciones jadeantes y entrecortadas de sus pechos.

Dirigiose aquella mañana a la casa de sus amigas, y encontró sola a Clara, vestida con su hábito de religiosa, y cultivando las flores que ostentaban sus alegres matices a lo largo del corredor.

Se acercó a ella: la vio despojando las plantas de las hojas secas; empinando la regadera sobre los brotes raquíticos; escarbando la tierra húmeda cuyo aliento despierta malsanos instintos; mostrando sus brazos bruñidos de diáfana porcelana y, acercándose más para ver un capullo de rosa, sintió en el rostro los cabellos de Clara que lo hicieron estremecerse; y cortando el capullo entreabierto lo aspiró, lo deshojó como se deshoja una virginidad; lo llevó a su boca sintiendo las espinas del tallo como uñas cosquilleantes de mujer.

En su jaula los canarios trinaban; los rayos del sol, rojos y calcinantes, asaeteaban la albeante ropa tendida sobre el barandal; como vaho de oro humeaba el polen en los cálices de las flores; columpiábanse, tocando aleluya, las campánulas; se ayuntaban las hojas suspirando; y Gabriel, desfalleciendo de amor, despertada en su

cuerpo la lascivia, veía a Clara transfigurada, incitando su lujuria, más provocativa aún por su inocencia; y al rozarse sus cabellos y al tocarse sus manos esperezábase como una fiera su deseo, delante de aquella virginidad en flor.

Detrás de ellos entreabría sus alas la puerta de la alcoba, y en aquel instante, como un relámpago en la inmensidad de la noche, cruzó su conciencia un trágico pensamiento; sintió una ansia infinita de posesión; cayó en su espíritu la profanación como una lágrima venenosa.

¡Qué delicia!, ¡qué filtro tan embriagante el del sacrilegio! Poseer a aquella virgen pura como una hostia en aquel recinto, silencioso y solitario como un templo.

Y rechazaba la idea midiendo toda la maldad del acto; contraria a toda virtud y todo respeto; pero la bestia se enfurecía en su sangre y forcejeaba en sus sienes y en sus puños delante de aquella virginidad en flor.

Lograba resistir a la tentación por un momento; lograba representarse su frenesí tal cual era, horrible e insensato, más odioso aún por el crimen y la profanación; pero no llegaban doña Lucía, ni Julia y Genoveva, ni siquiera la vieja sirvienta para terminar el conflicto; para acabar con aquella lucha en que cedía la voluntad, en que se turbaba la conciencia, y el deseo,

irritado hasta el paroxismo, saltaba bramando delante de aquella virginidad en flor.

Y bruscamente, con los ojos extraviados, con los labios secos, con las manos trémulas, con el cuerpo vibrante, como sacudido por una convulsión, se adelanta hacia la clarisa, la abraza enloquecido, la besa en la boca y, haciéndole daño, desgarrándole la toca y el velo, deja despeñarse el torrente de su cabellera.

Ella no se da cuenta, nunca lo ha visto así, y muda por la sorpresa, no lanza un grito; solamente tiembla y abre los ojos inmensos, desmesurados.

Gabriel la abraza de nuevo, lanza un rugido como un león, la derriba y la viola sobre el lecho purísimo...

Tras el acto físico vino la laxitud natural, la repugnancia fatal, la lucidez también fatal; y entonces vio a Clara desmayada sobre las albísimas ropas en desorden, sangrantes los pétalos de su desflorada virginidad; y parecióle una hostia pisoteada, ultrajada; como un mármol pulido tras muchos esfuerzos y mutilado en un minuto de salvajismo; en un instante desvanecido su sueño de arte y de amor; conservando aún el polvo de oro en los dedos, de la mariposa deshecha por su mano brutal; y él se dio horror a sí mismo, se llenó de vergüenza como si alguien le hubiera gritado a la cara ¡ladrón!, se consideró el más malvado y más sacrilego, se hizo como un inmenso vacío en su alma y, sin darse

cuenta de lo que hacía, atontado y vacilante, salió del templo profanado y, como un ebrio, bajó por la escalera tambaleándose.

NOTICIA DEL TEXTO

En diciembre de 1900, *El enemigo*, la primera novela corta de Efrén Rebolledo, se publicó como obsequio de fin de año a los suscriptores de la *Revista Moderna* (1898-1903). Los talleres de E. Dublán fueron los encargados de su impresión. En las *Obras completas* de Rebolledo (México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1968), se habla de dos ediciones: la de 1900 y la de 1908, impresa en los talleres de Ignacio Escalante. Esta última no ha podido ser localizada, pero ha sido mencionada por textos anteriores a las *Obras* y se encuentra presuntamente registrada en el quinto volumen del *Catálogo general de la librería española e hispanoamericana, 1901-1931* (Madrid, Cámaras Oficiales del Libro de Madrid y de Barcelona, 1951). Sin embargo, la segunda edición del texto es, en realidad la de 1901, realizada por los talleres de Arturo Siguiere y compañía en Guatemala, país en el que Rebolledo desempeñaba el cargo de tercer secretario de la legación mexicana para Centroamérica. La versión de *El enemigo* que ofrece esta Biblioteca Virtual es, hasta donde se tiene conocimiento,

la primera en tomar como texto base el de 1901, el cual experimentó cambios significativos respecto a la primera edición, sobre todo en lo que concierne al léxico.

En versiones recientes, destacan por su labor filológica la mencionada edición de *Obras completas*, a cargo de Luis Mario Schneider, y la de *Obras reunidas*, realizada por Benjamín Rocha (México, Océano/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo/Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004).

EFRÉN REBOLLEDO TRAZO BIOGRÁFICO

Efrén Rebolledo (8 de julio de 1877, Actopan, Hidalgo-10 de diciembre de 1929, Madrid) estudió Leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, gracias a Bernardo Reyes, ministro del gabinete de Porfirio Díaz, lo que le permitió ejercer diversos cargos públicos en Guatemala, Japón, Noruega, Bruselas, Cuba, Chile, Francia y España. Esta circunstancia favoreció la circulación de sus textos en el extranjero.

Formó parte del grupo de los escritores reunidos en torno a la *Revista Moderna* (1898-1903), en la que publicaría regularmente. Sus primeros poemas aparecieron en esta revista para después ser agrupados en su primer poemario *Cuarzos* (Guatemala, 1902), al que seguirían *Más allá de las nubes* (1903), *Hilos de corales* (1904), *Estela* (1907) y *Rimas japonesas* (1907). En 1916 dio a conocer dos poemarios eróticos: el *Libro de loco amor* y una colección de sonetos, *Caro victrix*, que tendría una fama considerable. Él mismo editó su obra poética completa en Oslo en 1922, volumen al que ti-

tuvo *Joyelero*. Xavier Villaurrutia seleccionaría y prologaría algunos de sus poemas en 1939.

En la prosa Rebolledo incursiona con la novela corta *El enemigo* (1900). Posteriormente aparecerían sus crónicas e impresiones de viajes *Nikko* (1909), el poema en prosa *El desencanto de Dulcinea* (1916), y las novelas *Hojas de bambú* (1910), *Salamandra* (1919) —que puede leerse en este portal— y *Saga de Sigrida la Blonda* (1921). También escribió la obra de teatro *El águila que cae* (1916).

Dirigió la revista *Pegaso* (1917), en compañía de Ramón López Velarde y Enrique González Martínez, y tradujo a autores como Oscar Wilde, Rudyard Kipling y Maurice Maeterlinck.

Con la caída del régimen de Porfirio Díaz, Rebolledo perdió su puesto en el cuerpo diplomático y tuvo que residir en Japón durante 7 años. A su regreso pudo continuar con su trabajo público hasta su fallecimiento en la capital española.

NOTAS

¹ Se pueden consultar al respecto su libro *Vigilar y castigar* de 1975 y *Defender la sociedad* de 1976.

² Véase *El positivismo en México* (1943).

³ Esto lo hace en su tesis de doctorado *El drama barroco alemán* de 1925.

⁴ Ovidio describe el enamoramiento del artista Pígameo por una de sus estatuas en el libro X de sus *Metamorfosis*. George Bernard Shaw publicó una de las versiones más leídas del mito en 1912, de donde derivaron adaptaciones cinematográficas (*Pígameo*, 1937 y *My Fair Lady*, 1964) donde lo que se moldea no es el cuerpo de la amada sino su forma de ser.

⁵ Su *Presentación de Sacher-Masoch* apareció en 1967.

⁶ Esta dedicatoria se encuentra en la edición de 1900. Jesús E. Valenzuela (1856-1911), escritor y fundador de la *Revista Moderna* (1898-1903), publicación periódica que concentró las voces del modernismo mexicano y en la que apareció por primera vez *El enemigo*. Valenzuela en una reseña a *Hojas de bambú* (1911), novela de Rebolledo, opina que: "De los lectores de *Revista Moderna*, es Rebolledo suficientemente amigo, para que recomendemos a nuestros compatriotas cultos

los frutos de su espíritu siempre alerta para todo aquello que tienda las alas a la nobleza del Ideal". Véase Jesús E. Valenzuela, "Notas bibliográficas", *Revista Moderna de México*, 1 de enero de 1911, p. 320, <<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a339e7d1ed64f16985050?in-tPagina=64&tipo=pagina&palabras=Rebolledo&anio=1911&mes=01&dia=01>>, [consulta: septiembre de 2018]. Del poeta Luis G. Urbina (1864-1934), Valenzuela dice en sus memorias: "A pesar de que nunca ha pertenecido a la *Revista Moderna*, ésta se ha engalanado con composiciones suyas"; Urbina "es un poeta tierno y romántico; si Díaz Miron vibra siempre, Urbina siempre es atendido por la musa". Jesús E. Valenzuela, *Mis recuerdos. Manojó de rimas*, Vicente Quirarte prólogo, edición y notas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, pp. 124 y 139.

⁷ Durante la agonía de Jesús en Getsemaní, él solicitó a sus discípulos que velaran mientras oraba. Cuando regresó y vio que se habían rendido al sueño, le dijo a Pedro: "Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Marcos 14:37-38). En la edición de 1900 de *El enemigo* el epígrafe se encuentra en latín: *Spiritus quidem promptus est, caro vero infirma*. Véase *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

⁸ Guido di Pietro da Mugello (1395-1455), pintor florentino. La vida de este beato, que sería nombrado como Fra Angélico, estuvo marcada por un aislamiento mezclado con la contemplación mística, lo cual puede percibirse en sus creaciones. Era parte de la Orden de los Dominicos Observantes, así que su cotidianidad debía marcarse por un regreso a los postula-

dos del cristianismo primitivo: pobreza, castidad y obediencia. En su pintura "mantendrá durante toda su vida el gusto por el oro, por los colores límpidos, por los detalles preciosos, por una gracia de gestos y de sentimientos". Véase *La pintura renacentista*, Steffano Zuffi (coordinación), Madrid, Electa, 2001, p. 110. Serán temas recurrentes en sus pinturas la Anunciación y la escena de la Virgen en su trono rodeada de santos. Su trabajo decora varias iglesias florentinas y el Vaticano. Véase también *El arte en la Italia del Renacimiento*, Rold Toman (editor), Postdam, H. F. Ullman, 2008, pp. 246-249.

⁹ Benvenuto Cellini (1500-1571), escultor florentino. En el periodo de 1556 a 1562, Cellini esculpió el Cristo mencionado por Rebolledo. Esta escultura de mármol de tamaño natural (mide aproximadamente 1.85 m) también incluye una cruz de mármol negro. Cellini la donó a la basílica de la Santísima Anunciación en Florencia, donde habían accedido a su petición: ser enterrado bajo los pies de su creación; sin embargo, al final, debido a la situación legal de su vivienda, el crucifijo fue adquirido por Cosme I, de la familia Médici. Francesco I lo regaló al emperador Felipe II de España, quien lo colocó en los sótanos de El Escorial porque su desnudez lo escandalizaba. Actualmente la obra se localiza en la capilla de los Doctores del monasterio de El Escorial. Véase Benvenuto Cellini, *Vida*, Santiago R. Santerbás (edición y traducción), Madrid, Catedral, 2007, pp. 519-523 y 539-541.

¹⁰ Anna Katherina Emmerick (1774-1824), monja alemana perteneciente a la Orden de las Canonisas Regulares de San Agustín. En el transcurso de su vida experimentó visiones de distinta índole. Su salud decayó tanto que terminó postrada

en cama, condición desde la cual dictó al poeta Clemente Bentano (1778-1842) las revelaciones que tuvo en torno a la pasión de Cristo, para ser reunidas en el libro *La amarga pasión de Cristo* (1833). <<http://www.conoze.com/doc.php?doc=5809>>, [consulta: septiembre de 2018]. La difusión de esta obra en el periodo de publicación de la novela de Rebolledo fue considerable, se traducía del francés. A partir de 1896, puede leerse en algunos periódicos mexicanos notas que brindan detalles sobre el descubrimiento de la casa de la Virgen cerca de Éfeso, edificación que reunía las características relatadas por Emmerick. En el diario católico *El Tiempo*, en 1899, se publicó una selección de las descripciones de *La amarga pasión* y puede leerse lo siguiente: "Las visiones de sor Ana Catalina no son de fe ni las considera la Iglesia como verdad histórica, por lo cual tienen un valor puramente humano, pero gozan de estimación piadosa y se recomienda su lectura, conmovedora y edificante, por la belleza de sus descripciones realistas y patéticas". Véase sor Ana Catalina Emmerick, "La pasión de Cristo", *La Libertad*, año XVI, no. 4656, 29 de marzo de 1899, p.1, <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a34cf7d1ed64f16ac0f60?resultado=1&tipo=pagina&intPagina=1&palabras=puramente_humano%3BEmmerich>, [consulta: septiembre de 2018].

¹¹ En *El castillo interior o las moradas* (1577), Santa Teresa de Jesús (1515-1582) construye una alegoría acerca de la elevación gradual del espíritu a través de la oración. El texto puede leerse en: <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p266/78034066540103808821457/index.htm>>, [consulta: septiembre de 2018].

En 1902 Rebolledo publicó su poema "Santa Teresa", en el que aborda uno de sus episodios de éxtasis: Véase Efrén Rebolledo, *Obras reunidas*, Efrén Rebolledo Blomkvist (editor) y Benjamín Rocha (estudio preliminar, cronología y apéndice documental), México, Océano/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004, pp. 44-45.

¹² La obra poética de Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809) fue editada por Alejandro Valdés en 1823. Francisco Sosa (1848-1925) cita la opinión de Francisco Pimentel (1832-1893) sobre los poemas amorosos de Navarrete: "En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la verdad de los afectos y una dulcísima y envidiable melancolía, las sacan de la clase general de fastidiosas, a que las de este género están condenadas, por el exceso con que abundan en la poesía castellana. Si se ejercita en objetos más graves y canta inspirado por las augustas máximas de la religión y de la moral, lo que infunde [...es] una afición cariñosa a la virtud, una obediencia fácil y gustosa de sus máximas y una santa amistad a los preceptos y verdades de la santa religión". Francisco Sosa, "Anuario biográfico nacional: Navarrete", *La Libertad*, año VI, no. 28 de septiembre de 1883, p. 3, <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a32ee7d1ed64f168d2af4?intPagina=2&tipo=pagina&palabras=Manuel_Mart%C3%ADnez_de_Navarrete&anio=1883&mes=09&dia=28>, [consulta: septiembre de 2018].

¹³ La monja y el obispo eran una sola persona: En 1690 el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz (1639-1697) mandó a imprimir la *Carta atenagórica*, un texto de sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) en el que impugnaba uno de los

Sermones del Mandato del padre Antonio Vieyra. Con el seudónimo de sor Filotea de la Cruz, el obispo hizo llegar a sor Juana una carta en la que reconoce el gran entendimiento de la poeta, pero lamenta que sea empleado en la lectura de textos no píos, exhortándola a recapacitar en sus intereses. Sor Juana hace frente al ataque con la *Respuesta a sor Filotea*. Pueden leerse ambas cartas en <https://www.ensayistas.org/antologia/XVII/>, [consulta: septiembre de 2018]; y la *Carta Atenagórica* en <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=14607&portal=117>, [consulta: septiembre de 2018]. Véase José Antonio Rodríguez Garrido, *La Carta Atenagórica de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

¹⁴ [Apocalipsis 12:1].

¹⁵ En el Cantar de los Cantares los amantes, el rey Salomón y la Sulamita, hablan de su amor, de su dolorosa separación y su anhelado reencuentro. En referencia al cuello de su amada, el novio dice: “Tu cuello, la Torre de David, / muestrario de trofeos: / mil escudos penden de ella, / todos pavese de valientes” (Cantar de los Cantares 4:4). Véase *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

¹⁶ Actualmente conocida como la Basílica de Guadalupe, rango al que fue elevado en 1904 por el papa Pío X.

¹⁷ El templo de la Santísima Trinidad, de estilo churrigueresco y cúpulas revestidas de azulejos, se localiza en la esquina formada por las calles Emiliano Zapata (continuación de la de Moneda) y Leona Vicario, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

¹⁸ Rebolledo se refiere al mármol proveniente de la isla griega Paros, de la cual toma su nombre, considerado desde la Grecia antigua, junto al pentélico, como el mejor mármol para esculpir. En el poema “Las manos” (1902), Rebolledo alude también a este bello material: “Más suaves que un bálsamo, mis besos / fervientes han ungido su blancura, / y en mis rimas elogio su hermosura / sin igual en los Paros y en los yesos”. Véase Efrén Rebolledo, *Obras reunidas*, Efrén Rebolledo Blomkvist (editor) y Benjamín Rocha (estudio preliminar, cronología y apéndice documental), México, Océano/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004, p. 49.



El enemigo, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de octubre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de ROSALÍA CHAVELAS PEÑA.